

# El capitán Teach, alias barbanegra

---

Daniel Defoe



# Advertencia de Luarna Ediciones

Este es un libro de dominio público en tanto que los derechos de autor, según la legislación española han caducado.

Luarna lo presenta aquí como un obsequio a sus clientes, dejando claro que:

- 1) La edición no está supervisada por nuestro departamento editorial, de forma que no nos responsabilizamos de la fidelidad del contenido del mismo.
- 2) Luarna sólo ha adaptado la obra para que pueda ser fácilmente visible en los habituales readers de seis pulgadas.
- 3) A todos los efectos no debe considerarse como un libro editado por Luarna.

Edward Teach era natural de Bristol, pero había navegado algún tiempo por Jamaica, en barcos corsarios, durante la última guerra francesa; sin embargo, aunque se distinguió frecuentemente por su excepcional arrojo y personal valentía, jamás alcanzó ninguna clase de mando, hasta que se dedicó a la piratería, lo que sucedió, creo, a finales del año 1716, cuando el capitán Benjamín Hornigold le dio una balandra que había apresado, y con quien se mantuvo en buenos términos hasta poco antes de que Hornigold se entregara.

En la primavera del año 1717, Teach y Hornigold zarparon de Providence hacia los mares de América, y apresaron durante el viaje un billop [¿chalupa?] de la Habana, con 120 barriles de harina, y también una balandra de Bermudas, cuyo patrón se llamaba Thurbar, al que quitaron sólo unos galones de vino, y soltaron; y un barco que iba de Madeira a Carolina del Sur, al que quitaron un botín de considerable valor.

Después de limpiar en la costa de Virginia, regresaron a las Antillas, y en la latitud de 24 apresaron un gran buque de la Guinea francesa, en el que, con el consentimiento de Hornigold, embarcó Teach como capitán, y efectuó un crucero en él; Hornigold regresó con su balandra a Providence, donde, a la llegada del capitán Rogers, el gobernador se rindió a su merced, de conformidad con el edicto del Rey.

A bordo de este buque de Guinea, Teach montó 40 cañones, y lo llamó *Queen Ann's Revenge*; y navegando cerca de la isla de St. Vincent, apresó un barco grande, llamado *Great Alien*, mandado por Christopher Taylor; los piratas lo despojaron de cuanto consideraron oportuno, desembarcaron a todos los hombres en la mencionada isla e incendiaron el barco.

Pocos días después, Teach se topó con el Scarborough, buque de guerra de 30 cañones, que le presentó batalla durante unas horas; pero viendo que el pirata iba bien tripulado, y

habiendo comprobado su fuerza, renunció al combate y regresó a Barbados, lugar de su base, y Teach puso rumbo a la América española.

En su viaje se topó con una balandra pirata de diez cañones, mandada por un tal comandante Bonnet, poco antes caballero de buena reputación y fortuna, de la isla de Barbados, a quien se unió; pero pocos días después, Teach, viendo que Bonnet no sabía nada de la vida marinera, y con el consentimiento de sus propios hombres, puso a otro capitán, un tal Richards, al mando de la balandra de Bonnet, y llevó al comandante a bordo de su propio barco, diciéndole que como no estaba habituado a las fatigas y cuidados de semejante puesto, era mejor para él que renunciase, y viviese cómodamente, a su gusto, en un barco como el suyo, donde no estaría obligado a realizar los deberes necesarios de un viaje.

En Turniff, a diez leguas de distancia de la bahía de Honduras, los piratas cargaron

agua dulce; y mientras estaban fondeados, vieron venir una balandra; Richards, en la balandra llamada *Revenge*, largó su cable, y salió a su encuentro; aquélla, al ver izada la bandera negra, arrió su vela y se acercó bajo la popa del comodoro Teach. Se llamaba *Adventure*, de Jamaica, y era su patrón David Harriot. Éste y sus hombres fueron trasladados a bordo del barco grande, y enviaron a otros tantos con Israel Hands, dueño del barco de Teach, a tripular la balandra para fines piratas.

El 9 de abril zarparon de Turniff, después de permanecer allí alrededor de una semana, y se dirigieron a la bahía, donde encontraron un barco y cuatro balandras, tres de ellas pertenecientes a Jonathan Bernard, de Jamaica, y la otra al capitán James; el barco era de Boston, se llamaba *Protestant Caesar*, y estaba mandado por el capitán Wyar. Teach izó su enseña negra, y disparó un cañón, a lo que el capitán Wyar, y todos sus hombres, abandonaron el

barco, y se fueron a tierra en su bote. El cabo de mar de Teach, y ocho de su tripulación tomaron posesión del barco de Wyar, y Richards se apoderó de todas las balandras, una de las cuales quemaron con gran pesar de su dueño; al *Protestant Caesar* lo quemaron también, después de saquearlo, porque procedía de Boston, donde fueron ahorcados algunos hombres por piratería; y a las tres balandras pertenecientes a Bernard las dejaron en libertad.

De aquí salieron a Turkill, y luego a Grand Caimanes, pequeña isla a unas treinta leguas al oeste de Jamaica, donde apresaron un pequeño tortuguero; y a la Habana, y de aquí a Bahama Wrecks, y de Bahama Wrecks pusieron rumbo a Carolina, apresaron en el viaje un bergantín y dos balandras, y anclaron luego frente a la entrada de Charles-Town durante cinco o seis días. Aquí apresaron un barco cuando salía con destino a Londres, mandado por Robert Clark, con algunos pasajeros a bordo que se

dirigían a Inglaterra; al día siguiente aprehendieron otra nave que salía de Charles-Town, y también dos pesqueros que entraban a dicho puerto; asimismo, capturaron un bergantín con 14 negros a bordo; todo esto tuvo lugar frente a la ciudad, lo que provocó gran pánico en la provincia de Carolina, poco antes visitada por Vane, otro afamado pirata y, dado que no estaban en condiciones de resistir a su fuerza, se abandonaron a la desesperación. Había ocho velas en el puerto, prestas a salir a la mar, pero ninguna se atrevió, ya que era casi imposible escapar de sus garras. Las naves con destino a dicho puerto se hallaban en el mismo dramático dilema, de modo que el comercio con esta plaza quedó totalmente interrumpido. Lo que hizo que estas desdichas resultasen más penosas fue la larga y costosa guerra que la colonia había sostenido con los nativos, y que acababa de concluir cuando vinieron estos ladrones a infestarla.



Teach retuvo a todos los barcos y prisioneros, y estando necesitado de medicinas, resolvió pedir un cofre al gobierno de la provincia; así que envió a Richards, capitán de la balandra *Revenge*, y dos o tres piratas más, juntamente con Mr. Marks, uno de los prisioneros, al que habían capturado en el barco de Clark, quienes muy insolentemente presentaron sus demandas, amenazando, si no enviaban inmediatamente el cofre de medicinas y permitían regresar a los embajadores-piratas sin ejercer ninguna violencia sobre sus personas, con matar a todos los prisioneros, enviar sus cabezas al gobernador y pegar fuego a los barcos apresados.

Mientras Mr. Marks se dirigía al consejo, Richards y el resto de los piratas, anduvieron por las calles públicamente, a la vista de la gente, que estaba inflamada de la más grande indignación, y les tenía por ladrones y asesinos y particularmente causantes de sus daños y

opresiones; pero nadie se atrevió ni a pensar siquiera en tomarse venganza, por temor a que esto les acarrease más calamidades; así que se vieron obligados a dejar que los villanos deambulasen con impunidad. No tardó el gobierno en meditar el mensaje, aunque era la mayor afrenta que podía habersele impuesto; sin embargo, con el fin de salvar tantas vidas (entre ellas, la de Mr. Samuel Wragg, miembro del consejo), dieron satisfacción a esta necesidad, y entregaron un cofre, valorado entre tres y cuatro cientos de libras, y los piratas volvieron sin daño a sus barcos.

*Barbanegra* (pues así llamaban generalmente a Teach, como se verá más adelante), tan pronto como recibió las medicinas y a sus piratas hermanos, liberó los barcos y prisioneros, habiéndoles quitado previamente oro y plata por valor de 1.500 libras esterlinas, además de provisiones y otros artículos.

De la entrada de Charles-Town se dirigieron a Carolina del Norte; el capitán Teach en el barco que ellos llamaban buque de guerra, el capitán Richards y el capitán Hands en las balandras, que ellos calificaban de corsarias, más otra balandra que les servía de escampavía. Teach empezó entonces a pensar en abandonar la compañía y quedarse el dinero y lo mejor de las rapiñas para él y unos cuantos compañeros, por los que sentía mayor amistad, y burlar al resto: así que, con el pretexto de entrar en la ensenada de Topsail a limpiar, encalló su embarcación y luego, como impensadamente y por accidente, ordenó a la balandra de Hands que viniese a ayudarle, y le sacase, lo que se apresuró a hacer; llevó la balandra hasta la playa, junto a la otra, y embarrancaron las dos. Hecho esto, Teach subió a la balandra escampavía, con unos cuarenta hombres, y dejó allí la *Revenge*; luego cogió a otros diecisiete y los abandonó en un islote arenoso, como a una legua de tierra firme, donde no había pájaros, animales ni yer-

bas para su subsistencia, y donde habrían perecido si el comandante Bonnet no les hubiese recogido dos días después.

Teach se entregó al gobernador de Carolina del Norte, con unos veinte de sus hombres, y se acogió al edicto de su majestad, cuyo certificado recibió de su excelencia; pero no parece que su sometimiento a este perdón se debiera a un deseo de reformar sus costumbres, sino que era sólo una maniobra, en espera de una ocasión más favorable para dedicarse de nuevo a las mismas actividades; ésta se presentó poco más tarde, con mayor seguridad para él, y, muchas más perspectivas de éxito, ya que en este tiempo cultivó muy buen entendimiento con el citado gobernador, Charles Edén, Esq.

El primer servicio que este amable gobernador prestó a Barbanegra fue darle un derecho sobre la nave que había apresado, cuando pirateaba en un barco llamado el *Queen Ann's Revenge*; para cuyo fin se reunió el consejo del

Vicealmirantazgo en Bath-Town; y, aunque Teach jamás había recibido comisión alguna en su vida, y la balandra pertenecía a armadores ingleses y fue apresada en tiempo de paz, sin embargo, le fue adjudicada al tal Teach como presa tomada a los españoles. Estos amaños muestran que los gobernadores son sólo hombres.

Antes de salir en pos de aventuras, se casó con una joven criatura de unos dieciséis años, siendo el gobernador quien efectuó la ceremonia. Al igual que aquí es costumbre que los case un sacerdote, allá lo es que lo haga un magistrado; ésta, según he sido informado, hacía la decimocuarta esposa de Teach, de las que puede que aún vivieran lo menos una docena. Su comportamiento en este estado fue algo extraordinario; pues mientras su balandra permaneció en la ensenada de Okerecock [Ocracoke], y él en tierra, en una plantación donde vivía su esposa, tomó la costumbre, después de haber pasado toda la noche con ella, de invitar a cinco

o seis de sus brutales compañeros a bajar a tierra, y obligarla a ella a prostituirse con todos, uno tras otro, en presencia suya.

En junio de 1718, se hizo a la mar para efectuar otra expedición, y puso rumbo a las Bermudas; se encontró con dos o tres navios ingleses en el trayecto, pero les robó sólo provisiones, pertrechos y cosas necesarias para su presente gasto; pero cerca de la citada isla, se topó con dos barcos franceses, uno de ellos cargado de azúcar y cacao, y el otro de vacío, ambos con destino a la Martinica; al barco que no llevaba carga lo dejó ir poniendo a su bordo a todos los hombres del barco cargado, y regresó con dicho barco y cargamento a Carolina del Norte, donde el gobernador y los piratas se repartieron el botín.

Cuando llegaron Teach y su presa, él y cuatro de su tripulación fueron a su excelencia y prestaron declaración jurada de que habían encontrado el barco francés en la mar, sin un

alma a bordo; luego se celebró un juicio, y se adjudicó el barco: al gobernador le tocaron sesenta bocoyes de azúcar en el reparto, y a un tal Mr. Knight, que era secretario suyo y recaudador de la provincia, veinte, y el resto se dividió entre los demás piratas.

El asunto no había quedado zanjado aún, ya que el barco permanecía amarrado y era posible que entrase en el río alguien que lo conociese y descubriese la bribonada; pero a Teach se le ocurrió un plan para evitar esto, y con el pretexto de que hacía agua y podía hundirse y obstruir la bocana de la ensenada o abra, donde se hallaba fondeado, obtuvo una orden del gobernador para llevarlo al río y prenderle fuego, lo que efectivamente hizo; e incendiándolo cerca de la orilla, se hundió su casco, y con él sus temores de que fuese utilizado como prueba contra ellos.

El capitán Teach, alias *Barbanegra*, pasó tres o cuatro meses en el río, unas veces fon-

deado en ensenadas, otras navegando de una cala a otra, vendiendo a las balandras que encontraba el botín que había apresado, y a menudo ofreciéndoles presentes a cambio de los pertrechos y provisiones que les quitaba; esto cuando se encontraba de humor generoso; porque otras veces se conducía con descaro con ellos y les quitaba cuanto deseaba, sin decir «por vuestra libertad», sabiendo de sobra que no se atreverían a enviarle la factura. Frecuentemente bajaba a tierra a divertirse con los plantadores, donde se emborrachaba y regocijaba noche y día; y era bien recibido por ellos, aunque no puedo decir si por amor o por temor; él, a veces, les trataba cortésmente y les regalaba ron y azúcar, en compensación por lo que les arrebatava; en cuanto a las libertades (según se dice) que se tomaban él y sus compañeros con las esposas e hijas de los plantadores, no me corresponde a mí decir si las pagaba *ad valorem* o no. Otras veces, se portaba de modo altanero con ellos, y sometía a algunos a contribución; es



más, a menudo llegaba a insultar al gobernador, aunque no he podido averiguar que hubiese entre ellos el menor motivo de pelea, sino más bien parecía hacerlo para demostrar que se atrevía.

Siendo tan frecuentemente saqueadas por Barbanegra las embarcaciones que comerciaban en el río, deliberaron los traficantes y algunos de los mejores plantadores sobre qué determinación tomar, viendo claramente que era inútil recurrir al gobernador de Carolina del Norte, a quien correspondía propiamente buscar algún remedio; así que si no atinaban a encontrar algún otro recurso, Barbanegra reinaría probablemente con toda impunidad; conque, con el mayor secreto posible, enviaron una delegación a Virginia, para exponer el caso al gobernador de esta colonia, y solicitar una fuerza armada de barcos de guerra, que apresase o destruyese al pirata.

Este gobernador consultó con los capitanes de dos buques de guerra, a saber, el *Pearl* y el *Lime*, que se hallaban fondeados en el río James desde hacía unos diez meses. Se acordó que el gobernador alquilase un par de pequeñas balandras, y las tripulasen los soldados; así lo hicieron, y se dio el mando a Mr. Robert Maynard, primer lugarteniente del *Pearl*, oficial experimentado y caballero de gran valentía y resolución, como se verá por su intrépido comportamiento en esta expedición. Las balandras fueron bien tripuladas y pertrechadas de munición y armas portátiles, aunque no montaron ningún cañón.

Por el mismo tiempo en que se hicieron a la mar, el gobernador convocó una asamblea, en la que se decidió publicar un edicto, ofreciendo determinadas recompensas a aquella persona o personas que, en el plazo de un año, apresase o destruyese a cualquier pirata: la original proclama, que ha venido a parar a nuestras manos es como sigue:

Por el Gobernador Lugarteniente de su Majestad Comandante en Jefe de la colonia y dominio de Virginia.

## EDICTO

Haciendo pública la recompensa por prender o matar piratas.

Por cuanto, en acta de asamblea celebrada en una sesión, iniciada en la capital de Williamsburg, el día once de noviembre, del quinto año del reinado de su Majestad, ha sido aprobada una disposición para alentar el apresamiento y destrucción de piratas: se decreta,

entre otras cosas, que todas y cada una de las personas que, entre el día catorce de noviembre del año de nuestro Señor de mil setecientos dieciocho y la víspera del día catorce de noviembre, que será del año de nuestro Señor mil setecientos diecinueve, apresaren a cualquier pirata, o piratas, en la mar o en tierra, o en caso de resistencia mataren a tal pirata, o piratas, en los grados treinta y cuatro de latitud norte, y en un radio de cien leguas del continente de Virginia, o en las provincias de Virginia o Carolina del Norte, mediante convicción, o presentando la debida prueba de haberlos matado a todos, y cada uno de los tales, pirata o piratas, ante el Gobernador y el Consejo, tendrá derecho a percibir y poseer del erario público, en manos del Tesorero de esta colonia, las diversas recompensas siguientes: a saber, por Edward Teach, comúnmente llamado capitán Teach, o *Barbana-gra*, cien libras; por cada uno de los demás comandantes de barcos, balandras o embarcaciones piratas, cuarenta libras; por cada lugarte-

niente, patrón o cabo de mar, contra maestre o carpintero, veinte libras; por cada marinero raso apresado a bordo de tal barco, balandra o embarcación, diez libras; y que por cada pirata apresado en cualquier barco, balandra o embarcación perteneciente a esta colonia, o Carolina del Norte, en el período antedicho, en cualquier lugar, las recompensas se pagarán de acuerdo con la calidad y condición de los tales piratas. Por tanto, para estímulo de todas las personas deseosas de servir a su Majestad, y a su país, en tan justa y honrosa empresa, como es la de suprimir a una clase de gente que puede en verdad calificarse de enemiga de la humanidad; juzgo conveniente, con el asesoramiento y aprobación del Consejo de su Majestad, publicar este edicto, por cuya publicación, las dichas recompensas serán puntualmente y justamente pagadas en moneda corriente de Virginia, según instrucciones de la dicha acta. Por lo que ordeno y decreto que este edicto sea hecho público por las autoridades, en

sus respectivos edificios, y por todos los párrocos y predicadores, en las diversas iglesias y capillas, de toda esta colonia.

Da  
do en  
nues-  
tra  
Cáma-  
ra de  
Conse-  
jo de  
Wi-  
lliams  
burg,  
el día  
24 de  
no-  
viem-  
bre de  
1718,

quinto  
año  
del  
reina-  
do de  
su Ma-  
jestad.

DI  
OS  
SAL-  
VE AL  
REY

A.  
SPOTS  
WOOD

El 17 de noviembre de 1718, el lugarteniente Maynard partió de Kickquetan [Hampton], en el río James de Virginia, y el 31 por la tarde llegó a la entrada de la ensenada de Okerecock,

donde avistó al pirata. Esta expedición se realizó con todo el secreto imaginable, y el oficial usó de toda la prudencia necesaria para impedir a cualquier bote o embarcación con que se topaba en el río, que lo remontase, previniendo de este modo que llegara anticipadamente noticia alguna a Barbanegra, y recibiendo al mismo tiempo noticia de todos ellos, sobre el lugar donde el pirata estaba apostado; pero pese a esta precaución, Barbanegra recibió de su excelencia de la provincia información sobre el plan; y su secretario, Mr. Knight, le escribió una carta especialmente referida a ello, comunicándole que le había enviado a cuatro de sus hombres, que eran todos los que había podido encontrar, en o cerca de la ciudad, y así advertía que estuviese en guardia. Estos hombres pertenecían a Barbanegra, y fueron enviados de Bath-Town a la ensenada de Okerecock, donde se encontraba la balandra, que estaba a unas 20 leguas.



A Barbanegra le habían llegado varios rumores que después habían resultado falsos, así que no dio crédito a esta advertencia, y no se convenció hasta que vio las balandras: entonces fue el momento de poner su nave en posición de defensa; no tenía más que veinticinco hombres a bordo, aunque hacía creer a todas las embarcaciones que eran cuarenta. Cuando se hubo aprestado para la batalla, desembarcó y se pasó la noche bebiendo con el patrón de una balandra mercante que, según se creía, tenía más negocios con Teach de los que debiera.

El lugarteniente Maynard ancló, pues el lugar era poco profundo, y el canal intrincado, no habiendo posibilidad de entrar esa noche a donde Teach estaba fondeado; pero por la mañana levó anclas, y envió su bote delante de las balandras, para que fuese sondando; y al llegar a un tiro de cañón del pirata, recibió su fuego; a lo cual Maynard izó la enseña del rey, y enfiló

directamente hacia él, con toda la potencia de que eran capaces sus velas y sus remos. Barbanegra cortó su cable, y trató de presentar batalla en retirada, sosteniendo con sus cañones un fuego continuo sobre el enemigo; no teniendo ninguno Mr. Maynard, mantuvo un fuego constante con sus armas pequeñas, mientras algunos de sus hombres se esforzaban en los remos. En poco tiempo, la balandra de Teach se ciñó a tierra, y siendo de más calado la de Mr. Maynard que la del pirata, no pudo acercarse a él; así que ancló a medio tiro del enemigo, y, a fin de aligerar su embarcación, y poder abordarle, el lugarteniente ordenó que arrojasen todo el lastre por la borda, se desfondasen todos los barriles de agua, se levase ancla luego, y siguiesen, a lo cual Barbanegra les gritó brutalmente:

—¡Malditos villanos!, ¿quiénes sois? ¿Y de dónde venís?

El lugarteniente le contestó:

—Podéis ver por nuestra enseña que no somos piratas.

Barbanegra le pidió que enviase el bote a su bordo, y así poder ver quién era; pero Mr. Maynard replicó de este modo:

—No puedo desprenderme de mi bote, pero yo subiré a vuestro bordo, en cuanto pueda, con toda mi balandra.

A lo que Barbanegra, tomando un vaso de licor, le saludó con estas palabras:

—Así se condene mi alma, si os doy cuartel, u os pido alguno.

En respuesta de lo cual, Mr. Maynard le dijo que no esperaba cuartel de su parte, ni él le daría tampoco ninguno.

A todo esto, la balandra de Barbanegra flotaba holgadamente, mientras que las de Maynard bogaban hacia ella, con apenas un pie de agua por debajo de sus quillas, con lo que se

arriesgaban todos los hombres. Y al acercarse (hasta aquí habían realizado poca o ninguna acción, por parte de ambos bandos), el pirata descargó una andanada, con toda clase de armas pequeñas: ¡fue un golpe fatal para ellos! La balandra del lugarteniente estaba a su merced, y cayeron veinte hombres entre muertos y heridos, y nueve en la otra balandra: esto no pudo evitarse, pues como no había viento, se vieron obligados a seguir con los remos, ya que de otro modo el pirata habría logrado escapar, cosa que, al parecer, el lugarteniente estaba dispuesto a evitar.

Después de este desventurado revés, la balandra de Barbanegra embarrancó en la orilla; la de Mr. Maynard, que se llamaba *Ranger*, cayó de popa, quedando de momento inutilizada. Viendo el lugarteniente que su propia balandra seguía libre, y que no tardaría en abordarle la de Teach, ordenó a todos sus hombres que se metiesen bajo la cubierta, por temor

a otra descarga cerrada, que habría significado su destrucción. Mr. Maynard fue la única persona que permaneció en la cubierta, además del hombre que iba al timón, a quien ordenó que se tumbase y protegiese; y a los hombres de la bodega les ordenó que preparasen las pistolas y espadas para la lucha cuerpo a cuerpo, y subiesen cuando él ordenase; con este fin, se colocaron dos escalas en la escotilla para mayor diligencia. Cuando la balandra del lugarteniente abordó a la otra, los hombres del capitán Teach arrojaron varias granadas de una clase nueva, o sea botellas llenas de pólvora, y munición pequeña, pedazos de plomo o hierro, con una mecha rápida en la boca, la cual, encendida en su extremo exterior, entra velozmente en la botella hasta la pólvora, y como se arroja instantáneamente a bordo, suele producir gran mortandad, además de crear gran confusión entre toda la tripulación; pero providencialmente, no hicieron efecto aquí; ya que los hombres estaban en la bodega. Viendo Barbanegra

pocos o ningún hombre a bordo, dijo a los suyos que les habían dado en la cresta a todos, salvo a tres o cuatro; por lo que exclamó:

—¡Saltemos y hagámoslos pedazos!

Así que, bajo el humo de una de las mencionadas botellas, Barbanegra saltó con catorce hombres a la balandra de Maynard por las amuras, y no fueron vistos por él hasta que el aire aclaró; sin embargo, dio la señal en ese instante a sus hombres, quienes subieron al punto, y atacaron a los piratas con una valentía jamás demostrada en ocasión así. Barbanegra y el lugarteniente descargaron los primeros tiros el uno sobre el otro, por lo que el pirata recibió una herida, luego se enfrentaron con las espadas, hasta que se rompió la del lugarteniente, y [Maynard] retrocedió para amartillar una pistola. Barbanegra le descargó un golpe con su machete en el instante en que uno de los hombres de Maynard le dio un terrible golpe en el cuello

y garganta, por lo que el lugarteniente salió con un pequeño corte en los dedos.

Ahora estaban estrecha y acaloradamente empeñados en la lucha, el lugarteniente y doce hombres contra Barbanegra y catorce, y la mar se teñía de sangre alrededor de la embarcación; Barbanegra recibió un tiro del lugarteniente Maynard en el cuerpo; sin embargo, siguió en pie, y luchó con tremenda furia, hasta que recibió veinticinco heridas, cinco de ellas de pistola. Finalmente, cuando amartillaba otra pistola, habiendo disparado varias antes, cayó muerto; a la sazón, habían caído ocho más de los catorce, el resto, con bastantes heridas, saltó por la borda y pidió cuartel, lo que se les concedió, aunque eso sólo prolongó sus vidas unos días. Apareció la balandra *Ranger*, y atacó a los hombres que quedaban en la de Barbanegra, con igual valentía, hasta que gritaron pidiendo cuartel a su vez.

Éste fue el final del valeroso bruto, que pudo haber pasado por el mundo como un héroe, de haberse consagrado a la buena causa; su destrucción, de tanta importancia para las plantaciones, se debió enteramente al comportamiento e intrepidez del lugarteniente Maynard y sus hombres, que podían haberle destruido con muchas menos pérdidas de haber tenido una embarcación con cañones; pero se vieron obligados a utilizar naves pequeñas, debido a que los rincones y lugares en los que se apostaba, no admitían otras de mayor calado; y no fue pequeña la dificultad de estos caballeros para llegar hasta él, habiendo encallado su embarcación lo menos un centenar de veces, al remontar el río, además de otros contratiempos que bastarían para haber hecho renunciar a cualquier caballero sin deshonor, de haber sido menos firme y audaz que este lugarteniente. La andanada, que tanto daño hiciera antes del abordaje, salvó con toda probabilidad al resto de la destrucción; pues antes de eso Teach tenía



pocas o ninguna esperanza de escapar, por lo que había apostado a un tipo decidido, un negro, al que había criado él, con una mecha encendida, en la santabárbara, con la orden de hacerla estallar cuando el lugarteniente y sus hombres hubiesen subido a su bordo, con lo que podía haber destruido a sus conquistadores, juntamente consigo mismo; y cuando el negro se enteró de lo que le había pasado a Barbanegra, fue disuadido con mucho trabajo de ejecutar tan bárbara actuación por dos prisioneros que entonces estaban en la bodega de la balandra.

Lo que resulta un tanto extraño es que algunos de estos hombres, que se comportaron tan bravamente contra Barbanegra, se hicieron piratas después, y uno de ellos fue apresado juntamente con Roberts; sin embargo, no encuentro que ninguno de ellos tuviese disposiciones, salvo uno que fue ahorcado; pero esto es una digresión.

El lugarteniente mandó cortarle la cabeza a Barba-negra, y colgarla en la punta del bauprés; luego se dirigieron a Bath-Town para que asistiesen a sus hombres heridos.

Hay que decir que al registrar la balandra del pirata, se encontraron varias cartas y papeles escritos que descubrían la correspondencia del gobernador Edén, del secretario y recaudador, y también de algunos mercaderes de Nueva York, con Barbanegra. Es probable que tuviera el suficiente respeto por sus amigos como para haber destruido estos papeles antes de la acción, a fin de impedir que cayesen en otras manos, en las que el descubrimiento no sería de ninguna utilidad para los intereses o para la resolución de hacerlo estallar todo, cuando vio que no había posibilidad de escapar.

Cuando el lugarteniente llegó a Bath-Town, tuvo la audacia de confiscar del almacén del gobernador los sesenta bocoyes de azúcar, y los veinte del honrado Mr. Knight; lo que pare-

ce que eran las partes del botín apresado del barco francés; el último no sobrevivió mucho tiempo a este vergonzoso descubrimiento, pues temiendo que se le instase a dar cuenta de estas bagatelas, cayó enfermo, se dice que del susto, y murió a los pocos días.

Cuando los heridos se encontraron bastante recuperados, el lugarteniente regresó a los barcos de guerra del río James, Virginia, con la cabeza de Barbanegra colgando aún de la punta del bauprés, y quince prisioneros, trece de los cuales fueron ahorcados; pareciendo, por el juicio, que uno de ellos, o sea Samuel Odell, había sido apresado de una balandra mercante, la misma víspera del combate. Este pobre individuo fue poco afortunado al ingresar en este nuevo negocio, no apreciándosele menos de 70 heridas después de la acción, a pesar de las cuales vivió, y se curó de todas. La otra persona que escapó del cadalso fue un tal Israel Hands, dueño de la balandra de Barbanegra, y capitán

de la misma antes de que se perdiese el *Queen Ann's Revenge* en la ensenada de Topsail.

El tal Hands resultó no haber tomado parte en la lucha, sino que fue apresado después en tierra, en Bath-Town, habiendo sido algún tiempo antes lisiado por Barbanegra, en uno de sus arrebatos de humor salvaje, de la siguiente manera: bebiendo una noche en su camarote con Hands, el piloto y otro hombre, Barbanegra, sin que mediase provocación alguna, sacó secretamente un par de pistolas, y las amartilló debajo de la mesa; habiéndolo notado el hombre, se retiró a cubierta, dejando solos a Hands, el piloto y al capitán. Cuando las pistolas estuvieron preparadas, apagó la vela, y cruzándose las manos, las descargó sobre su compañía; Hands, el dueño, recibió un tiro en la rodilla, del que quedó cojo para siempre; la otra pistola no hizo blanco. Al preguntarle el significado de esto, Barbanegra se limitó a contestar, maldiciéndoles, que si no mataba de cuando en

cuando a alguno de ellos, se olvidarían de quién era él.

Al ser apresado Hands, fue juzgado y condenado, pero cuando iba a ser ejecutado, llegó un barco de Virginia con un edicto en el que se prolongaba el plazo del perdón de su majestad a aquellos piratas que se entregasen durante el breve período que se especificaba en él; a pesar de la sentencia, Hands apeló al perdón, y se accedió a que se acogiese a él, y hace algún tiempo aún vivía en Londres, pidiendo limosna.

Ahora que hemos dado alguna información de la vida y acciones de Teach, no estará de más que hablemos de su barba, ya que contribuyó no poco a que su nombre se hiciera tan terrible en esos lugares.

Plutarco y otros serios historiadores han dado noticia de que diversos grandes hombres entre los romanos, tomaban sus sobrenombres

de ciertas características singulares de sus semblantes; como Cicerón, de una señal o haba en la nariz; del mismo modo, nuestro héroe, el capitán Teach, adoptó el sobrenombre de *Barbanegra* por la gran cantidad de pelo que, como espantoso meteoro, cubría toda su cara y amedrentaba a toda América, más que cualquier cometa que hubiese aparecido allí en mucho tiempo.

Tenía la barba negra, y se la dejó crecer hasta una longitud exorbitante; en cuanto a su anchura, le llegaba hasta los ojos; y acostumbraba a retorcerla con cintas, en pequeñas colas, a la manera de nuestras pelucas *ramillies*<sup>\*1</sup> y

---

<sup>1</sup> Peluca con una larga coleta, trenzada y gradualmente en disminución, que se sujetaba a la cabeza mediante un gran lazo de cinta negra. Llamada así por la batalla de Ramillies (1706), estuvo muy en boga entre los militares de la época. (*N. del E.*)

curvarlas hacia las orejas. En tiempos de acción, llevaba una eslinga sobre los hombros con tres pares de pistolas, colgando en fundas como cartucheras; y llevaba colgando mechas encendidas que se cosía bajo el sombrero, y pendían a uno y otro lado de la cara; y como sus ojos parecían naturalmente feroces y salvajes, el conjunto le daba un aspecto tal que la imaginación no podría concebir más espantoso el de una furia del infierno.

Si hubiese tenido el aspecto de una furia, su talante y sus pasiones habrían encajado con él; relataremos dos o tres de sus extravagancias, que hemos omitido en su historia, por las que se verá a qué abismo de maldad puede llegar la naturaleza humana, si no se reprimen sus pasiones.

En la república de los piratas, el que alcanza el mayor grado de perversidad es tenido en una

---

especie de envidia por los demás, como persona de más extraordinario valor, y por tanto tiene derecho a ser distinguido con alguna dignidad, y si tal sujeto tiene osadía, ciertamente será tenido por un gran hombre. El héroe de quien hablamos era cabalmente perfecto en este sentido, y algunos de sus rasgos de maldad llegaban a tal exceso que parecía pretender hacer creer a sus hombres que era el demonio encarnado; pues estando un día en la mar y algo cargado de bebida, dijo: «Vamos, hagamos un infierno para nosotros mismos, y veamos lo que podemos aguantar»; conque él, y otros dos o tres, bajaron a la bodega, y cerrando todas las escotillas, llenaron varias ollas con azufre, y otra sustancia combustible, y las prendieron fuego, y allí se estuvieron hasta que se sintieron casi sofocados, y uno de los hombres gritó pidiendo aire; finalmente, abrió él las escotillas, no poco complacido de ser el que más había resistido.



La noche antes de que le mataran, estuvo bebiendo hasta la madrugada con algunos de sus hombres y el patrón de un barco mercante, y teniendo noticia de que las dos balandras venían a atacarle, como se ha dicho antes, uno de sus hombres le preguntó, en caso de que le sucediese algo en el combate con dichas balandras, si su esposa sabía dónde había entrado su dinero. Él contestó que nadie más que él y el demonio sabían dónde estaba, y que el que más viviese de los dos, lo cogería todo.

Aquellos de la tripulación que fueron apresados vivos, contaron una historia que puede parecer un poco increíble; sin embargo, pensamos que no estaría bien omitirla, ya que la hemos obtenido de sus propias bocas. Que una vez en un viaje, descubrieron que iba a bordo un hombre de más en la tripulación; le vieron entre ellos varios días, unas veces abajo, y otras en cubierta, aunque nadie en el barco podía dar cuenta de quién era, ni de dónde había salido; pero desapareció poco antes de que el barco

grande naufragara. Ellos creían firmemente que era el diablo.

Uno podría pensar que estas cosas deberían inducirles a reformar sus vidas, pero tantos reprobos juntos se alentaban y animaban unos a otros en sus maldades, a las que no contribuían poco las continuas borracheras; pues en el diario que se encontró de Barbanegra, había varias anotaciones de la siguiente naturaleza, escritas de su puño y letra: «Tal día se acabó el ron; nuestra compañía algo sobria. ¡Gran confusión entre nosotros! Conspiración entre piratas; no hablaban más que de separarse. Así que me apresuré a buscar una presa; ese día cogimos una, con gran cantidad de licor a bordo, de suerte que la compañía la cogió bien, condenadamente bien, y las cosas volvieron a marchar otra vez».

Así pasaban estos desdichados sus vidas, con muy poco placer y satisfacción, en posesión de lo que violentamente habían arreba-

tado a otros, y con la certeza de pagarlo al final con una muerte ignominiosa.

Los nombres de los piratas muertos en combate, son los siguientes:

Edward Teach, comándante.

Philip Morton, artillero.

Garrat Gibbens, contramaestre.

Owen Roberts, carpintero.

Thomas Miller, cabo de mar.

John Husk.

Joseph Curtice.

Joseph Brooks, I.

Nath Jackson.

El resto, salvo los dos últimos, fueron heridos y después ahorcados en Virginia.

John Carnes.

Caesar.

Joseph Brooks, II.

Joseph Philips.

James Blake.

James Robbins.

John Gills.

John Martin.

Thomas Gates.

Edward Salter.

James White.

Stephen Daniel.

Richard Siltes.

Richard Greensail.

Israel Hands, perdonado.

Samuel Odell, absuelto.

Había en las balandras piratas y en tierra, en una tienda de lona, cerca de donde las balandras se hallaban fondeadas, con 11 tercerolas y 145 sacos de cacao, un barril de índigo y una bala de algodón, todo lo cual, con lo que fue apresado el gobernador de Virginia, de conformidad con su edicto, fue repartido entre la compañía de los dos barcos, el *Lime* y el *Pearl*, que se encontraban en el río James; los valerosos individuos que los apresaron no tocaron más que a una parte como los demás, y no la cobraron hasta cuatro años después.

## Apéndice

Añadiremos aquí algunos detalles (no mencionados anteriormente) sobre el famoso Barbanegra, en relación con su apresamiento de los barcos de Carolina del Sur y su insulto a dicha colonia. Esto fue en la época en que los piratas habían obtenido tal superioridad de fuerza que no se preocupaban lo más mínimo en protegerse de la justicia de las leyes, sino más bien de incrementar su poder y mantener su soberanía no sólo sobre los mares, sino extendiendo sus dominios a las mismas plantaciones y a los gobernadores de ellas, de manera que cuando los prisioneros subieron a bordo de los barcos de sus apresadores, los piratas libremente trabaron conversación con ellos, y nunca intentaron ocultar sus nombres, ni domicilios, como si fuesen habitantes de una nación legal y estu-

viesen decididos a tratar con todo el mundo a nivel de un libre estado; y todos los actos judiciales se efectuaron en nombre de Teach, con el título de comodoro.

Todos los prisioneros de Carolina fueron alojados en el barco del comodoro, después de ser rigurosamente interrogados con respecto a la carga de sus embarcaciones y el número y situación de otros mercantes que había en el puerto; cuándo creían que zarparían y con qué destino; y tan solemnemente llevaron el interrogatorio los piratas, que juraron dar muerte al que dijese mentira, o desviase o eludiese sus respuestas. Al mismo tiempo, estudiaron todos sus papeles con el mismo cuidado que si hubiesen estado en el despacho del ministro de Inglaterra. Una vez aclarada esta cuestión, se dio orden de devolver inmediatamente a todos los prisioneros a bordo de su propio barco, del que habían retirado todas las provisiones y pertrechos. Y lo hicieron con tanta prisa y precipitación que provocó gran terror entre los infortu-

nados, quienes creyeron verdaderamente que les llevaban a matar; y lo que pareció confirmarles esta creencia fue que no se tuvo en cuenta la condición de los distintos prisioneros, sino que mercaderes, caballeros distinguidos, y hasta uno de los hijos de Mr. Wragg, fueron arrojados a bordo de manera confusa y tumultosa, y encerrados bajo los cuarteles, donde ni siquiera un pirata se quedó con ellos.

En tan melancólica situación dejaron a estas gentes inocentes que lamentaron su estado durante varias horas, esperando a cada instante que un fósforo prendiese un reguero de pólvora que les hiciese saltar, o que incendiasen el barco, o lo hundiesen; nadie podía decir cómo, pero todos suponían que, de una manera o de otra, estaban destinados al sacrificio según sus brutales naturalezas.

Pero finalmente, brilló sobre ellos un rayo de luz, que reanimó a sus afligidas almas; abrieron los cuarteles, y se les ordenó que regresasen



inmediatamente a bordo del barco del comodoro. Entonces empezaron a pensar que los piratas habían cambiado su salvaje resolución, y que Dios les había inspirado sentimientos menos ofensivos a la naturaleza y la humanidad; y fueron a bordo, por así decir, con una nueva vida. Los más importantes fueron conducidos ante Barbanegra, general de los piratas, quien les conocía, con ocasión de tan extraordinario procedimiento judicial, del que sólo fueron retirados mientras se celebraba un consejo general, en cuyo tiempo no se consintió que estuviese presente ningún prisionero. Éste les dijo que la compañía necesitaba medicinas, y que debía proporcionárselas la provincia; que el primer cirujano había redactado una lista, la cual enviarían al gobernador y al Consejo, con dos de sus propios oficiales, hasta cuyo regreso sin daño, así como el del cofre mismo, habían llegado al acuerdo de retener á todos sus prisioneros como rehenes, quienes serían muertos

si no se cumplían sus peticiones con puntualidad.

Mr. Wragg contestó que quizá podía no estar en su poder el cumplir con cada una de las partes, y que temía que alguna de las drogas de la lista del cirujano no se encontrase en la provincia; y, si resultaba ser así, esperaba que se conformase en suplir esa falta con otra cosa. Asimismo, propuso que fuese uno de ellos con los dos caballeros enviado en embajada, que pudiese verdaderamente hacer ver el peligro en que estaban, e inducirles más prontamente a someterse, a fin de salvar las vidas de tantos subditos del rey; y más aún, para prevenir cualquier insulto del pueblo llano (de cuya conducta, en semejante ocasión, no podía responder) a las personas enviadas.

Su excelencia Barbanegra consideró razonable esta sugerencia y convocó otro consejo, que aprobó igualmente la enmienda; así que propusieron a Mr. Wragg, que era el primero

en autoridad, y conocido como persona de inteligencia entre los carolinianos, y el propio caballero se ofreció a dejar a un hijo en manos de los piratas, hasta que regresase, lo que prometió hacer, aunque el gobierno rechazase las condiciones para la liberación: pero Barbanegra se negó absolutamente a esta petición, diciendo que sabía demasiado bien la importancia que tenía para la provincia, y que igualmente la tenía para ellos, por lo que sería el último hombre del que se desprenderían.

Tras alguna discusión, fue designado Mr. Marks para acompañar a los embajadores; conque abandonaron la escuadra en una canoa y se acordó dar un plazo de dos días para el regreso; entretanto, el barco del comodoro permaneció a cinco o seis leguas de distancia de tierra; pero al expirar dicho plazo y no haber salido nadie del puerto, fue llamado Mr. Wragg a la presencia de Teach, quien, con terrible semblante, le dijo que no debían burlarse, que él imaginaba que les habían hecho alguna traición

y que aquello no podría acarrear nada sino la muerte inmediata. Mr. Wragg suplicó que aplazase un día más la ejecución, pues estaba seguro de que la provincia estimaba mucho sus vidas, y se mostraría solícita hasta el último grado, con tal de redimirles; que, quizá, podía haberle acaecido alguna desgracia a la canoa al entrar, o puede que sus propios hombres hubieran ocasionado tal demora, en cualquiera de cuyos casos sería injusto sufrir por ellos.

Teach se apaciguó de momento y concedió un día más para su regreso; pero al final de este tiempo, ¡cómo se enfureció, al verse chasqueado, llamándoles villanos mil veces, y jurando que no vivirían dos horas! Mr. Wragg le aplacó todo lo que pudo, y pidió que se mantuviese un vigía. Las cosas parecían haber llegado ahora al extremo, y ninguno creyó que su vida valía un ardite; las inocentes personas se sumieron en una inmensa agonía espiritual, pensando ya que nada sino un milagro podría preservarles de ser aplastados por el peso del enemigo,

cuando avisaron desde el castillo de proa que había surgido a la vista un pequeño bote. Esto elevó sus espíritus abatidos, y renacieron sus esperanzas; Barbanegra salió personalmente con su catalejo y declaró que podía distinguir su propia capa escarlata, que le había prestado a Mr. Marks para ir a tierra; tomaron esto como una demora segura, hasta que llegó el bote a bordo. Entonces les volvieron los temores, al ver que no venía ninguno de los piratas, ni Mr. Marks, ni el cofre de las medicinas.

Este bote, al parecer, fue enviado muy atinadamente por Mr. Marks y los hombres del comodoro, no fuese que se malinterpretase la demora que había ocasionado un desafortunado accidente, a saber, que el bote enviado a tierra había naufragado, al volcarlo un súbito golpe de viento, y que los hombres habían llegado con gran trabajo a la playa de la deshabitada isla de [en blanco en el texto], a tres o cuatro leguas de tierra firme; y habiendo permanecido allí algún tiempo, hasta verse reducidos al

extremo, no encontrando provisiones de ningún género, y temiendo el desastre que podía sobrevivir a los prisioneros de a bordo, los pertenecientes a la compañía pusieron a Mr. Marks sobre un cuartel, lo hicieron flotar en el agua, y después se desnudaron y zambulleron, y nadando tras él, y empujando el flotante cuartel, se esforzaron por todos los medios en llegar a la ciudad. Éste resultó ser un voiture [transporte] muy penoso, y con toda probabilidad habrían perecido de no haber salido esa mañana un pesquero, que al ver algo en el agua, se acercó y los recogió cuando estaban ya casi extenuados de cansancio.

Ya providencialmente a salvo, Mr. Marks fue a [en blanco en el texto], y alquiló allí un bote que le llevó a Charles-Town; entretanto, había enviado al pesquero a informales del accidente. Mr. Teach se apaciguó con esta relación, y consintió en esperar dos días más, ya que no parecía haber culpa por parte de ellos en la causa de esta demora. Al final de los dos

días, perdieron los piratas toda paciencia, y el comodoro no pudo persuadirles para que les diesen más tiempo de vida que hasta la mañana siguiente, si el bote no regresaba entonces. Esperando otra vez, y otra vez decepcionados, los caballeros no supieron qué decir, ni cómo excusar a sus amigos de tierra; algunos dijeron a los piratas que ellos tenían los mismos motivos para culparles de su conducta; que no dudaban, por lo que ya había sucedido, de que Mr. Marks cumplía muy fielmente con su deber, y que habían recibido noticia de que el bote se dirigía sin novedad a Charles-Town, aunque no podían imaginar qué era lo que retrasaba el cumplimiento de la misión, a no ser que diesen más valor al cofre de las medicinas que a las vidas de ochenta hombres que ahora estaban al borde de la muerte. Teach, por su parte, creía que habían encarcelado a sus hombres y que rechazaban las condiciones para la liberación de los prisioneros, y juró mil veces que no sólo morirían ellos, sino también cada hombre de Caroli-

na que en adelante cayese en sus manos. Los prisioneros, finalmente, suplicaron que se les concediese este único favor, a saber, que la escuadra levase anclas y se situase frente al puerto, y si entonces no veían salir el bote, que los prisioneros los pilotarían ante el pueblo y que, si les daba por cañonearles, permanecerían junto a ellos hasta el último hombre.

Esta proposición de tomar venganza por la supuesta traición (como el comodoro se complacía en llamarla) agradó mucho al salvaje genio del general y de sus brutos, y accedió al punto. El proyecto fue aprobado igualmente por los mirmidones, así que levaron anclas los ocho barcos de vela en total, que eran las presas que tenían bajo custodia, y se desplegaron frente a la ciudad; los habitantes entonces tuvieron su parte de miedo esperando nada menos que un ataque general; los hombres fueron todos puestos en armas, aunque no tan regularmente como se podía haber hecho, si la sorpresa hubiese sido menor; pero las mujeres y los ni-



ños corrieron por la calle como dementes. Sin embargo, antes de que las cosas llegaran al último extremo, vieron salir el bote que llevaba la redención a los pobres cautivos y la paz a todos.

Subieron el cofre a bordo, fue aceptado, y después averiguaron que Mr. Marks había cumplido con su deber, y la culpa de la demora recayó mercedamente sobre los dos piratas enviados en embajada; pues mientras los caballeros ayudaban al gobernador y al Consejo en el asunto, estos dos señoritos andaban de visiteos, bebiendo con sus *quondam* amigos y conocidos y yendo de casa en casa, de manera que no les encontraban, cuando las medicinas estuvieron preparadas para ser llevadas a bordo; y Mr. Marks sabía que supondría la muerte de todos, si iban sin ellos, pues si no hubieran regresado, el comodoro no habría creído fácilmente que no habían obrado engañosamente con ellos. Pero ahora no se veían a bordo más

que rostros sonrientes; la tormenta que tan pesadamente había amenazado a los prisioneros se había disipado, y le había sucedido un día radiante de sol; en resumen, Barbanegra les soltó como había prometido, les envió a sus barcos después de haberlos saqueado, y se alejó de la costa, como se ha referido.

Lo que sigue contiene las reflexiones sobre un caballero, ya fallecido, que fue gobernador de Carolina del Norte, esto es, de Charles Edén, Esq. Lo que sabíamos de él, por informes recibidos después, carecía de los debidos fundamentos, por tanto será necesario decir algo en este lugar para borrar la calumnia arrojada sobre él por personas que juzgaron mal su conducta, dado el cariz con que las cosas se presentaron entonces.

Tras un repaso a esta parte de la historia de Barbanegra, no parece por ninguno de los hechos candidamente considerados que el citado gobernador mantuviese secreta o criminal

correspondencia con este pirata; y yo he sido informado después, de muy buena mano, que Mr. Edén siempre se comportó, hasta donde alcanzaba su poder, de manera acorde con su cargo, y mostró el carácter de buen gobernador y hombre honrado.

Pero su desgracia fue la debilidad de la colonia que él mandaba, carente de fuerza para castigar los desórdenes de Teach, que señorea-ba a su placer, no sólo en la plantación, sino en la propia morada del gobernador, amenazando con destruir el pueblo a sangre y fuego si se hacía alguna ofensa a él o a sus compañeros, de manera que a veces situaba su nave frente a la ciudad en posición de combate; y en una de ellas, en que sospechaba que habían fraguado un plan para cogerle, bajó a tierra y fue al gobernador bien armado, dejando órdenes a sus hombres a bordo de que si no regresaba en el plazo de una hora (como pensaba hacer, si estaba en libertad), arrasasen la casa sin más,

aunque él estuviese dentro. Tales eran las ultrajantes insolencias de este villano, que fue tan grande en fechorías y quería vengarse de sus enemigos como fuese, aun a riesgo de su vida, con tal de conseguir sus malvados fines.

Debe observarse, sin embargo, que Barbanegra, en cuanto a piratería, había obedecido el edicto, y satisfecho con ello a la ley; y que poseyendo un certificado de la mano de su excelencia, no podía ser juzgado por ninguno de los crímenes cometidos hasta entonces, ya que habían sido borradas por dicho edicto de perdón: y en cuanto a la condena del barco de la Martinica francesa, que Barbanegra llevó a Carolina del Norte después, el gobernador procedió judicialmente. Convocó un tribunal del Vicealmirantazgo, en virtud de su comisión, en el que cuatro de la tripulación declararon bajo juramento que habían encontrado el barco en la mar, sin personas a bordo, de modo que este tribunal lo confiscó como habría hecho cual-

quier otro tribunal, y se repartió el cargamento de acuerdo con la ley.

En cuanto a la expedición secreta desde Virginia, emprendida por el gobernador de allá, tenía también sus razones secretas: los barcos de guerra habían estado amarrados estos diez meses mientras los piratas infestaban la costa y hacían gran daño, por lo que es probable que se les pidiesen cuentas; pero el éxito de la empresa contra Teach, alias Barbanegra, evitó quizá tal investigación, aunque no estoy seguro en cuanto a qué actos de piratería había cometido, después de acogerse al edicto; el barco francés fue confiscado legalmente como se ha dicho antes, y si había cometido depredaciones entre los plantadores, como ellos parecieron quejarse, no estaban en alta mar, sino en el río, o en la ribera, y no entraban en la jurisdicción del almirantazgo, ni bajo las leyes de la piratería. El gobernador de Virginia encontró interés en el asunto; pues envió, al mismo tiempo, una fuerza por tierra, y apresó gran cantidad de efectos de

Barbanegra en la provincia de Edén; ciertamente, era una novedad que un gobernador, cuyo mandato estaba limitado a su jurisdicción, ejerciese la autoridad en otro gobierno, y sobre el propio gobernador del lugar. De este modo, el pobre Mr. Edén fue insultado y despreciado en todas partes, sin posibilidad de exigir justicia, ni aducir sus derechos legales.

En resumen, para hacer justicia a la persona del gobernador Edén, que murió después, no parece por ninguno de los escritos o cartas encontradas en la balandra de Barbanegra, ni por ninguna otra evidencia cualquiera, que dicho gobernador tuviese que ver en absoluto con ninguna práctica malvada; sino al contrario, que durante su permanencia en ese puesto fue honrado y querido por la colonia, debido a su integridad, honradez y prudente conducta en su administración; qué asuntos mantuvo privadamente el entonces secretario suyo, no lo sé; murió pocos días después de la destrucción de

Barbanegra, y no se hizo ninguna investigación.  
Quizá no hubo ocasión para ello.